

Lc 13,1-9

El que cree ha pasado de la muerte a la vida

Marcos, que es la fuente más importante de Mateo y Lucas, da a su escrito el título: «Evangelio de Jesús Cristo» y describe la actividad de Jesús como una proclamación del «Evangelio de Dios», que Él resume como un llamado urgente a la conversión: «Jesús proclamaba el Evangelio de Dios, diciendo: "El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está ya aquí: conviertanse y crean en el Evangelio"» (Mc 1,14-15). Este mismo llamado de Jesús a la conversión fue dirigido a cada uno de nosotros personalmente en el comienzo de la Cuaresma, mientras se imponía sobre nuestra cabeza la ceniza: «Convírtete y cree en el Evangelio». Según Marcos –aunque en esto no es seguido por Mateo y Lucas–, Jesús identifica el Evangelio con su propia Persona, cuando declara: «El que pierde su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8,35; cf. Mt 16,25; Lc 9,24). No se trata de perder la vida por dos cosas distintas, pues el Evangelio y la Persona de Jesús son inseparables. El escrito de Marcos comienza con la proclamación del Evangelio por parte de Jesús y su llamado: «Convírtanse y crean en el Evangelio» y concluye con el envío universal: «Vayan por todo el mundo y proclamen el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (Mc 16,15-16).

El Evangelio de este Domingo III de Cuaresma es un llamado apremiante de Jesús a la conversión tomando pie de dos hechos de crónica ocurridos en esos días, que tenían consternados a los habitantes de Jerusalén. Jesús agrega una parábola para advertirnos que la conversión no puede postergarse. Es un episodio del ministerio de Jesús que nos transmite solamente Lucas.

Entre los capítulos IX y XIX de su Evangelio Lucas presenta a Jesús de camino a Jerusalén. En efecto, su viaje comienza cuando el evangelista dice: «Sucedió que, como se iban cumpliendo los días de su ascensión, Jesús se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén» (Lc 9,51). Más adelante agrega: «Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén...» (Lc 13,22), hasta que llega a la vista de su meta: «Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella» (Lc 19,41). Jesús sabe lo que le espera allá y lo anuncia repetidas veces a sus discípulos, diciendo a uno que le aconseja no seguir adelante: «Conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante,

porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén» (Lc 13,33). Jesús es un galileo que va a Jerusalén sabiendo que va a morir allá. También sus discípulos más cercanos –los Doce– son galileos.

En uno de esos pueblos que Jesús atravesaba, mientras enseñaba, «llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios». El hecho que se configura es el de algunos galileos –no sabemos cuántos–, que huyendo de la justicia se habían ocultado en el templo de Jerusalén entre los que ofrecían sacrificios, a quienes Pilato, haciendo una horrible profanación, había hecho matar en el mismo templo, mezclando, de esta manera, su sangre con la sangre del animal inmolado que, según el ritual de los sacrificios, debía derramarse al pie del altar. Obviamente, se esperaba que Jesús condenara lo obrado por Pilato y también los crímenes de esos galileos que les merecieron semejante muerte. Jesús, en cambio, como decíamos, toma pie de ese hecho para dirigir a todos un llamado a la conversión: «¿Piensan ustedes que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque padecieron eso? Les digo que no; y si ustedes no se convierten perecerán todos del mismo modo».

Esos galileos eran pecadores y por eso merecieron esa muerte; pero Jesús declara que eran tan pecadores como todos los demás galileos y no más que ellos. Por tanto, los que se espantan de esa muerte cruel merecen sufrirla también ellos, «si no se convierten».

El único galileo que no merecía esa muerte es Jesús. El mismo Pilato no encuentra en Él crimen alguno. Jesús derramó su sangre en la cruz voluntariamente, como un sacrificio «por muchos, para el perdón de los pecados»; para que nosotros no muramos con la muerte que merecíamos por nuestros pecados, sino que tengamos vida.

A ese hecho de muerte, Jesús agrega otro, esta vez un hecho fortuito, del cual ha tenido noticia y que involucra a los habitantes de Jerusalén: «Aquello dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé matandolos, ¿piensan ustedes que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén? Les digo que no; y si no se convierten, perecerán todos del mismo modo».

La enseñanza clara de Jesús –repetida– es que todos los hombres somos pecadores y merecemos la muerte. El único modo que tenemos de

escapar de ella es «convertirnos y creer en el Evangelio». El hecho de que ambos episodios se repitan como dos estrofas con el mismo estribillo: «Si no se convierten, todos perecerán», demuestra la firmeza de esa conclusión.

La parábola que Jesús propone, a continuación, contiene la misma enseñanza; pero agrega la explicación de por qué aún no se cumple la sentencia: «Perecerán». El dueño de una viña, después de buscar inútilmente fruto de una higuera plantada en su viña, sentencia: «Cortala, ¿para qué va a cansar la tierra?». Pero el viñador intercede en favor de la higuera pidiendo para ella una nueva oportunidad: «Señor, dejala por este año todavía; y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas». Ese intercesor poderoso es el mismo Hijo de Dios, que presenta a su Padre su sacrificio en favor nuestro y nos obtiene el perdón de nuestros pecados. Así lo escribe San Juan en su carta: «Hijos míos, les escribo esto para que no pequen. Pero, si alguno peca, tenemos a Uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero» (1Jn 2,1-2).

La condición para que nos alcance el perdón de Dios es una sola: «Conviertete y cree en el Evangelio». El término griego que se traduce por «conversión» expresa un cambio radical de mentalidad: «meta-noia» (cambio de mente). San Pablo, que se convirtió de perseguidor en apóstol de Cristo, expresa ese cambio así: «Lo que antes era para mí ganancia lo ha considerado perdida, a causa de Cristo, y lo tengo por basura» (Fil 3,7). San Juan expresa la conversión como la finalidad de su Evangelio: «Ha sido escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su Nombre» (cf. Jn 20,31). La conversión consiste en pasar de proyectos de muerte a proyectos de vida. El egoísmo, la delincuencia, el aborto y la eutanasia son muerte; el amor, la promoción y el cuidado de la vida, sobre todo, de los más débiles e indefensos son vida. La conversión consiste en pasar de la muerte a la vida, según la definición del mismo Jesús: «En verdad, en verdad les digo: el que cree... ha pasado de la muerte a la vida» (cf. Jn 5,24); consiste en creer en Aquel que declaró: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo emérito de Santa María de L.A.